

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

* * *

Hasta aquí la leyenda, formada por numerosas versiones folklóricas y ordenadas a fines del siglo XVI, primero por *Juan Spies* en un libro publicado en Francfort del Meno en 1587 (*), y después por el que redactara el ministro luterano G. R. Widmann, impresa en Hamburgo en 1595, que trata de aclarar, sin conseguirlo, aunque agregando nuevas referencias, lo que se había dicho hasta entonces en el folklore existente, sobre las aventuras del endemoniado Doctor.

Es en estos dos libros donde Goethe espiga el argumento último de su dramático poema. La inspiración, sin embargo, que mueve su fantasía en torno a Fausto, agita las alas desde más lejos. Por ejemplo, el drama de *Cristóbal Marlowe*, «Doctor Faustus» ha debido influenciarlo mucho.

Marlowe nació en el mismo año que Shakespeare, y tuvo una carrera literaria tan rápida como rica en frutos del ingenio. Sus primeros trabajos son de 1587,

(*) *Historia von Dr. Johann Fausten, dem weitsbeschreiten zaubere und schwarzkünstler...*

es decir, a los 23 años de edad; seis años después muere a causa de una estocada que recibiera en un ojo durante una pendencia habida en una taberna. Sin contar sus obras menores, en este corto lapso escribe cuatro grandes tragedias—*Taburlaine*, *Doctor Faustus*, *El Judío de Malta* y *Eduardo II*—que se cuentan entre las más notables producciones de la literatura inglesa de todos los tiempos. En la enumeración antedicha, «*Doctor Faustus*» es, sin disputa, su obra maestra. La figura que encarna es el de un hombre mezcla de genio y sensualidad, símbolo, en resumidas cuentas, del espíritu del Renacimiento, humanista, pagano, eufórico y tan apasionado por los dones de la inteligencia como bebedor risueño. Así también fueron esos príncipes de Bizancio que, al llegar a su ocaso la conventual dureza del Medio Evo, habían impuesto, por las sugerencias de la moda, primero en las ciudades italianas y después en los pródromos del clasicismo redivivo, un arquetipo de elegante decadencia, amante del vino y la sabiduría, de las mujeres y del arte... Prisionero en esa atmósfera renacentista, Fausto vende su alma al Diablo, ansioso de estrujar en los lagares de la vida su cosecha de racimos maduros. Los años vuelan y el pacto se paga con la perdición eterna del sabio libertino. La escena final, cuando el Doctor, iluminado por las luces de la cristiana razón, comprende la inmensidad de su desatino y clama al cielo para salvarse, es de un intenso, de un patético simbolismo:

The stars move still, time runs, the clock will strike,
The devil will come, and Faustus must be damn'd.
O, I'll leap up to heaven! —Who pulls me down?—
See, where Christ's blood streams in the firmament!

One drop of blood save me: O my Christ!—
Rend not my heart for naming of my Christ;
Yet will I call on him: O, spare me, Lucifer!

(Las estrellas aun se mueven, el tiempo corre, el reloj va a sonar—vendrá el Diablo y Fausto deberá condenarse. ¡Oh, yo escalo ahora el cielo! —¿Quién me tira hacia abajo?—Ve como la sangre de Cristo corre en el firmamento—Una gota de sangre me salvaría, ¡oh, mi Cristo!—No desgarras mi corazón porque te nombro, mi Cristo; —aun he de reclamarlo: ¡Oh, déjame libre, Lucifer!)

La teatralización de estos motivos la toman pronto los cómicos de la legua que extienden los hilos de la leyenda por el Norte y el Mediodía de Europa, y es de suponer que con éxito porque, ya en el siglo XVII, en Alemania se representaban algunas escenas de Fausto hasta en tinglados de marionetas. En uno de estos espectáculos es donde Goethe—niño impresionable y lleno de fantasía—toma contacto por primera vez con la tragicomedia en cuestión.

Pero aquí me asalta una duda: ¿Fué Marlowe el que impuso, por la calidad superior de su obra, la subsecuente popularización teatral de Fausto? ¿O hubo otro influjo anterior?

Hay motivos para contestar que sí a la última pregunta. Se trata, también, de una leyenda, pero no alemana sino polaca, que corre por tierras nórdicas a mediados del siglo XV. El héroe central es Samuel Twardouski (1), hombre sabio y letrado, que después

(1) No el gran poeta, por cierto, pues éste vió la luz del día dos siglos más tarde. En efecto, Samuel Twardouski nace en Polonia el año 1600 y muere en 1660

de agotar las fuentes del humano conocimiento en busca de la Verdad, evoca al Diablo y, de acuerdo con los rituales de la magia negra, firma con él un pacto. Según ese convenio el Espíritu Maligno debe otorgarle su conocimiento de la Ciencia infusa y obedecerle ciegamente, en tres casos *no especificados*. En cambio de esa particular servidumbre, Samuel promete entregarse al Infierno en cuerpo y alma, pero esto último sólo para el caso de que *nunca logre poner los pies en Roma*, ciudad a la que Samuel ansía vivamente visitar.

A Twardouski la cláusula del Demonio le parece estúpida, pues el ir o no ir a Roma es cosa de su soberana voluntad, y bien tonto tendría que ser si se le ocurriese siquiera (como imaginaría el Diablo) acariciar el propósito de condenarse por cumplir su viejo ensueño de correr una cana al aire por la urbe Papal. Firma, pues, el pacto sin escrúpulo alguno.

Mas, un día que excursiona por las puertas de Varsovia, se le ocurre la idea de adentrarse en las ruinas de un figón destruído por las llamas en el último asedio que tuvo la ciudad. Y allí estaba filosofando frente a un montón de escombros, cuando de súbito se le aparece el Diablo. «Mi amigo—le dice—por esta vez siento comunicarte que me perteneces».

—¿Cómo?—le replica Samuel. —¿Ese no ha sido el convenio!

El Angel Negro sonríe; levanta unos escombros y le muestra el nombre del figón, que en un cartel a medio quemar, aún lo pregona. —Lee—dícele.

En efecto, en la tabla, escrito con grandes letras puede leerse el nombre: «Ciudad de Roma».

—¿Qué tienes que decirme ahora?—lo provoca mirándolo muy fijamente en los ojos.

Pero Twardouski, sin inmutarse, le responde:

—Has ganado; tuyo soy en cuerpo y alma. Sin embargo, de acuerdo con el pacto voy a exigirte las tres condiciones inexpresadas de nuestro convenio y que en seguida voy a formularte. ¿Quieres comenzar?

—A tus órdenes.

—Antes que nada debes construirme un maravilloso y confortable palacio con semillas de amapola.

—Difícil es lo que me pides—se queja el Demonio—pero voy a satisfacer tus deseos.

Y en menos de lo que canta un gallo, una fábrica soberbia hecha a la manera y gusto de la exigencia de Twardouski, álzase allí mismo.

—Ahora—continúa el polaco—exijo que te des un baño en agua bendita.

El Demonio da un salto increíble.

—¿Cómo puedes ser tan cruel—murmura suplicante—para imponerme una prueba tan espantosa?

Entre indignado e irónico, Samuel se mantiene en lo ya dicho, respondiéndole con severo tono:

—¡Y cómo tú puedes ser tan hipócrita, Lucifer! ¿Acaso pensabas llevarme al Infierno para narrarme cuentos de hadas? ¡Ni una palabra más! Resígnate y cumple lo que acabo de ordenarte.

A regañadientes y viendo que nada iba a sacar de la testarudez del polaco, el Diablo se mete en una pila de agua bendita, que le enllaga el cuero rojizo como lo haría el ácido sulfúrico en el cuerpo de un simple mortal. En medio de grandes gritos de dolor, el Demonio cumple así su segunda prueba.

Pero falta la última, que es la tercera.

—Bien—le dice Twardouski—aunque eres el más malo entre los malos, hasta aquí has cumplido como bueno... Satisfáceme en mi postrer capricho y serás

dueño de mí para la eternidad del fuego subterráneo...

—Ordena.

—Soy casado con una mujer joven, dulce y buena... Te la entrego para que vivas con ella solamente seis meses...

El Diablo no quiso oír más:

—¡Renuncio al pacto!—grita con voz de bajo profundo; y dando una patada en el suelo húndese en los abismos infernales desde donde saliera con el ánimo de llevarse al ingenioso Samuel.

Más temible que el agua bendita resultábale a Satanás la ofrecida coyunda, bastante matrimonial, de seis meses; advirtiendo la crónica que Twardouski, además, pensaba traspasarle la suegra. Si tal cosa hubiera sabido el Demonio, posiblemente no volviera más a Varsovia en lo que a Polonia le quedaba de existencia libre sobre la Tierra...

(Continuará)